

mundo **cristiano**

AÑO IX • NUM. 105
OCTUBRE 1971
15 PESETAS

víctimas inocentes de la IRA

**Enviados especiales en Belfast:
Pipe López y Germán Lopezarias**

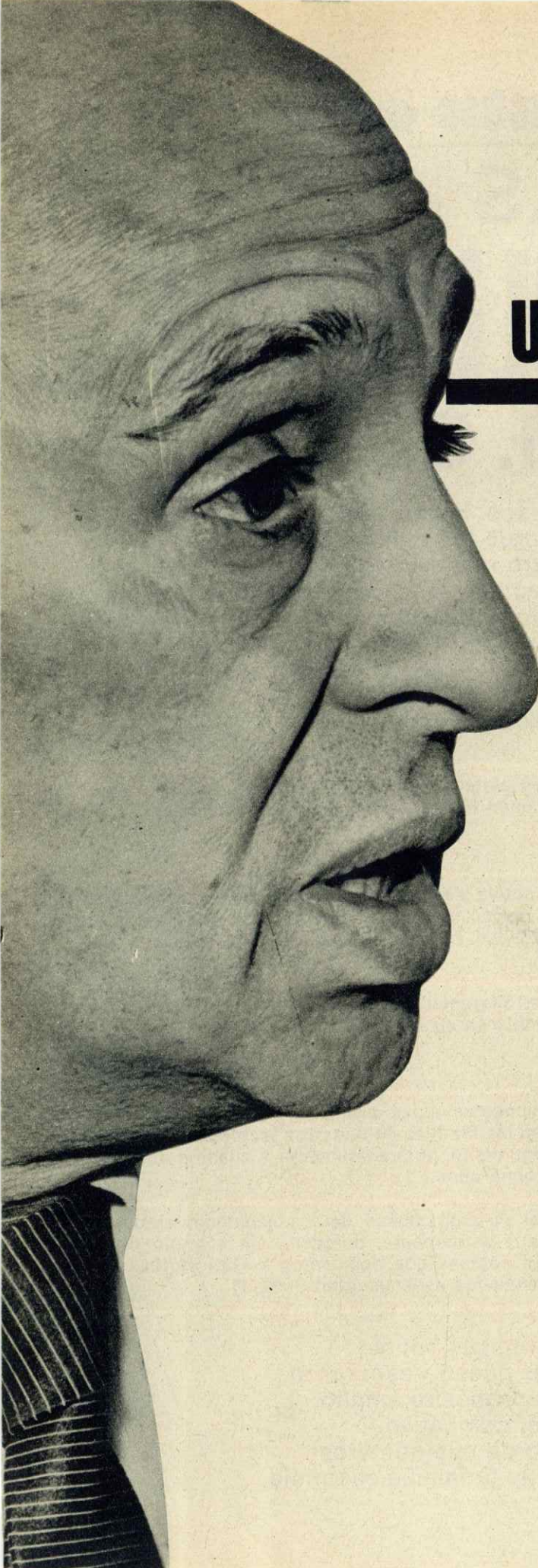
**escribe:
«humor»
T O N O**

**SEVERO
OCHOA**

**Por
Marino
Cómez
Sanlos**



Si Si Si Si Si Si Si
CELIBATO
Si Si Si Si Si Si Si



SEVERO OCHOA

Por MARINO GÓMEZ SANTOS



Un asturiano que quiere llegar al origen de la vida

OCHOA es un ejemplo de humildad verdadera. No hay en él nada solemne ni altisonante. El rigor científico retinta en su carácter, con una línea constante de sobriedad que ya se le conocía en sus años de estudiante universitario.

Ni el Premio Nobel, ni los homenajes, ni los títulos de honor que va recogiendo en sus viajes científicos por todo el mundo han alterado su naturalidad.

Esto no quiere decir que sea un hombre indiferente, sino pudoroso, con una sensibilidad que se abre de par en par en su comportamiento amistoso, en su gusto por la música y por la cultura.

Su vida actual es de una actividad abrumadora. Los viajes a Europa, que proyecta quizá con la ilusión de refugiarse a descansar frente al mar Cantábrico o al Mediterráneo, resultan siempre alterados por el compromiso de un curso de conferencias, o por acceder a solicitudes amistosas que le programan viajes o solemnidades académicas, para las que no encuentra pretexto de evasión.

Se deja llevar por los afectos viejos, que comparte; toma fotografías o películas; se empapa de paisaje; escucha mucho a los demás; recuerda, pregunta, deja asomar su humorismo astur; torea al alimón con Domingo Ortega; se escapa una mañana al Instituto Marañón para interesarse por los trabajos que allí se realizan. Y un día se va, y al otro se incorpora a sus tareas, con horarios más formales y rígidos.

Allí donde esté Severo Ochoa aparecerá siempre a su lado Carmen Cobián, su mujer, que tanta participación tiene en el destino científico y en la vida del Premio Nobel.

Nuestro recuerdo de la casa familiar de Ochoa, allá en la villa asturiana de Luarca, es como una página literaria de «Clarín», Pereda o la Pardo Bazán.



Aún niño, posa al pie de su bicicleta.

La casa está aislada del pueblo, por encima del faro, junto a una pequeña capilla. Tiene una galería encristalada, un salón con fotografías familiares, un piano y muebles antiguos. Desde allí se ve el jardín romántico, con estatuas mutiladas y un magnolio cargado de pájaros.

Severo Ochoa nació en la villa, abajo; pero vivió siempre en el Villar, arriba, en esta casa. Sus primeros recuerdos son los de una academia, a la que asistía los veranos, la academia Paz, y sus correrías por la playa con los chicos de su época.

Pero la familia vive en Gijón y Severo Ochoa va al colegio en la villa de Jovellanos, posiblemente al mismo tiempo que Alejandro Casona, que también estudió allí.

—En Gijón tengo aún parientes —nos dice Ochoa—, principalmente por parte de Carmen; allí vivíamos los inviernos y en cuanto empezaba el verano nos trasladábamos a Luarca.

El recuerdo físico de su padre está algo impreciso en su memoria, porque murió cuando él tenía siete años.

—Era abogado. Había sido hombre de negocios. Estuvo una larga temporada en Puerto Rico; pero se retiró joven.

En aquella casa de Villar vive una de sus hermanas. Con alguna frecuencia, el cartero de Luarca sube la cuesta del faro y deja una carta franqueada con sellos de Méjico o de los Estados Unidos. Con frecuencia también llegan hasta allí grupos de periodistas o de «cameramen» de cine que toman fotografías de la casa y hacen preguntas a la gente del pueblo.

Hubiera podido estudiar en la Universidad de Oviedo, pero ya mucho antes la familia se había trasladado a Málaga, donde Ochoa estudiaría el Bachillerato.

—Mi madre enfermó de bronquitis crónica y los médicos la recomendaron un clima templado en los inviernos. Así

fuimos a Málaga, donde vivimos primero en una casa de las afueras y luego en el número cinco de la calle de Juan Díaz. Entonces también pasábamos los veranos en Luarca. Durante ocho o nueve años, nuestra vida transcurrió entre Málaga y Luarca, en ese antagonismo de climas y cielo.

De sus inviernos en Málaga le han quedado algunos recuerdos abstractos: los amigos que tuvo allí, el clima benigno y la vida apacible, cuando todavía la Costa del Sol no había sido invadida por el turismo.

—En Málaga fui al Instituto y a una academia privada. Me asombraba, como asturiano, que en los inviernos pudiese ir a todos los sitios sin abrigo. Pero el calor, que comenzaba en mayo, nos hacía regresar a Luarca para refrescar.

Eran seis hermanos. De los tres varones, uno vive en Méjico y otro murió en Málaga después del desastre de Marruecos, donde, contrajo una enfermedad.

Llegó Ochoa a Madrid en 1922, terminó la carrera en 1929, después de seis años en la Universidad y uno de preparatorio.

—Antes quise estudiar para ingeniero industrial. Desde niño me gustó mucho la mecánica y empecé a prepararme para ingeniero. Las matemáticas no eran mi fuerte. Carecía de aptitudes para su estudio. Esto coincide con que en el Bachillerato me interesé sobre manera por las Ciencias Naturales, especialmente por la Biología, lo cual me llevaría al estudio de la Medicina.

No hemos llegado a conocer el Madrid de 1922, pero la literatura nos da un panorama destartado, con una periferia amplísima de desmontes. Todavía imperaba el costumbrismo de zarzuela y las clases sociales estaban muy diferenciadas. Los albañiles y los tipógrafos gastaban blusa y las modistillas iban al taller con mantoncillo de flecos.

Ese Madrid de verbena y churros, que tanto ternurizaban los escritores costumbristas, nos parece, a la luz del mo-



A la izquierda, paseando a caballo.



A la derecha, todos los hermanos Ochoa.



Severo Ochoa y Carmen Cobián, su esposa.



mento actual, una página de «La busca» barojiana, con mucha picaresca deambulante por la Puerta del Sol.

Pero Ochoa centró su atención en la Facultad de Medicina y vivió circunscrito a ella, con muy poco tiempo libre para asistir a los conciertos. No pisó las salas de billar, ni los cafés, ni conoció el Madrid nocturno, aunque tuviese la luz de su cuarto encendida hasta la madrugada, pues era un estudiante tesonero.

—Estuve en muchas casas de huéspedes. Recuerdo dos: la de la calle del Barco y la de Infantas. Hacia la mitad de la carrera me trasladé a la Residencia de Estudiantes, donde ocupé durante algún tiempo la misma habitación que Rafael Méndez, el farmacólogo discípulo de don Teófilo Hernández, que ahora trabaja en el Instituto de Cardiología de Méjico.

El ambiente de la Residencia de Estudiantes ha sido impar en la vida española de aquel tiempo. En ella coincidieron los jóvenes inquietos que luego iban a formar nada menos que la generación más importante después de la del 98.

Dalí y Luis Buñuel trabajaban en el surrealismo desde las áreas de la pintura y del cine; García Lorca escribía su teatro y su poesía; Rafael Méndez y Ochoa, en los laboratorios de Hernando y Negrín, investigaban.

Se organizaban allí conciertos con figuras de primera magnitud: Arthur Rubinstein. También desfilaron por su sala de conferencias Ortega y Gasset, Marañón, Unamuno, el conde de Keyserling...

En aquel jardín recitaban poemas Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti, García Lorca, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Pedro Salinas y muchos poetas extranjeros de paso por Madrid.

—En la Residencia precisamente —nos dice Ochoa— conocí a García Lorca.

En este ambiente excepcional vivió Severo Ochoa aque-

llos años juveniles, fascinado por la personalidad de dos o tres profesores de la Facultad de Medicina.

—Volviendo atrás, hay que señalar que los profesores siempre cuentan mucho. Es decir, que hay una diferencia extraordinaria entre tener un profesor estimulante y no tenerlo. Y yo tuve ya en el Bachillerato un profesor enormemente estimulante —lo he dicho muchas veces—, que fue don Eduardo García Rodejas, que explicaba Química en el cuarto año de Bachillerato, en Málaga. De modo es que esta circunstancia que apunto me interesó extraordinariamente. Ya me había interesado antes la Historia Natural, la Fisiología, la Química... Aquel profesor de Málaga, que era joven, recién llegado, muy bueno, impartía interés a los alumnos, y no sólo les enseñaba una materia, sino que les sugería una inquietud por las cosas en general.

Nos referimos a la Facultad de Medicina de aquellos momentos políticos de la Dictadura.

—Yo he sido esencialmente apolítico. Por eso el ambiente político de Madrid nunca me causó impresión de ningún tipo. Lo que me estimulaba era el ambiente intelectual y artístico. Fuera de eso, mis actividades estaban siempre muy limitadas al trabajo. He vivido casi obsesivamente dedicado a mis estudios.

Fuma, apoya la cabeza en el respaldo del sillón y mira hacia la lámpara que cuelga de la bóveda del «hall» del hotel Palace, como una piña de luz.

—Recuerdo algunas huelgas estudiantiles, algunos jaleos, tiroteos en la Facultad de Medicina, pero no me pregunte usted por qué, porque no lo recuerdo.

Muchos de estos acontecimientos le sorprendían trabajando y apenas mostraba interés en preguntar qué los motivaba.

—Estaba en el laboratorio o en mi cuarto de la Residencia, más o menos. Siempre, eso sí, con cierta simpatía por todo lo que representara libertad y lucha contra la opresión; eso, desde luego.



En Luanca, aprovechando un permiso cuando estaba en el Ejército.





Dos fotos diferentes en un mismo escenario, su casa de Luanca. Solo, a la derecha, y con su mujer, a la izquierda.



SEVERO OCHOA

Cajal se había jubilado como catedrático un año antes de que Severo Ochoa entrase en la Facultad de Medicina de Madrid. Era ya don Santiago ese anciano venerable que divagaba en su laboratorio de la calle de Alfonso XII, paseaba por el Retiro en su automóvil y leía el «T. B. O.» en el desaparecido café del Prado. Pero su sombra, su magisterio, palpitaba aún en la Facultad.

Ochoa temblaba de admiración hacia Cajal. Había leído «Reglas y consejos sobre investigación», de don Santiago, así como su autobiografía, «Recuerdos de mi vida», y la «Introducción al estudio de la Medicina experimental», de Claudio Bernard, que le fascinaron.

—Una de mis mayores ilusiones fue el haber llegado a ser discípulo de Cajal; pero se había retirado el año antes. Esto supuso para mí una pérdida tal, que nunca la he podido compensar de modo alguno.

—¿Le conoció o llegó a verle en la calle?

—Nunca me atreví, y por eso no llegué a conocerle personalmente, ni de lejos. Y pude haberle conocido, con sólo decirselo al que luego fue mi profesor, don Juan Negrín. Pero no me atreví. Me parecía que iba a molestar e importunar a aquel hombre que estaba muy por encima de lo que yo debía hacer. El profesor que para mí fue un estímulo y que me abrió nuevos horizontes, ya lo he dicho muchas veces, fue don Juan Negrín.

Algunos médicos amigos que alcanzaron al profesor Negrín en la Facultad de Medicina de Madrid coinciden en que explicaba mal, aun reconociendo en él una gran personalidad científica.

—¿Y usted qué cree, Ochoa?

—Ese juicio es probablemente bastante exacto, pero sus lecciones resultaban sumamente estimulantes. Sobre todo, animaba a la lectura y al estudio no sólo de las obras de texto, sino de las monografías e incluso de las revistas. Abría una visión a los ojos del estudiante que estaba capacitado, lo cual resultaba extraordinario.

Asiste a la conversación con Ochoa su amigo el doctor Vega Díaz, que toma ahora la palabra para puntualizar.

—Ochoa nos hizo observar y comprender que cuando el profesor Negrín se iba por las ramas, era porque aquellas ramas ofrecían interés científico, pedagógico o didáctico. Donde los demás veían confusión, Ochoa encontraba problemática nueva, temática virgen, porque la había. Puede decirse, por tanto, que Ochoa fue el descubridor de un gran maestro, de un maestro que, a pesar de llevar unos años de profesión, solamente había sido bien comprendido por sus colaboradores Hernández Guerra, Cervia y Ochoa.

—¿Para usted fue Negrín un profesor decisivo en su formación? —le preguntamos a Ochoa.

—Sí, para mí fue decisivo. Las dos influencias —una no sentida directamente, sino a través de sus obras— son: la de Cajal, quizá la más importante, y la del profesor Negrín, que fue exposición directa, contacto humano, en la cátedra y más tarde en el laboratorio.

Era aún estudiante cuando Ochoa fue nombrado instructor en el laboratorio de Fisiología. Su carrera de investigador empezó entonces. En 1931 fue ayudante de Fisiología y Bioquímica en la Facultad de Medicina. En ese mismo año contrae matrimonio con Carmen Cobián.

—Nuestras familias eran amigas —nos dice la señora de Ochoa—; nuestras hermanas, también. Pero yo no me acuerdo de Severo hasta que era ya bastante mayorcito. Fue un año en Madrid. Nuestras madres probablemente se habían puesto de acuerdo para coincidir en el mismo hotel con la familia. Severo iba por allí alguna vez, pero no nos prestamos una atención especial; es decir, que apenas nos ocupamos uno de otro. Cuando realmente nos conocimos mejor y nos interesamos mutuamente fue en el año mil novecientos veintinueve, en que Severo llegó de Alemania a pasar el verano en Asturias. Entonces, sí. Comenzamos a hablar, a discutir, a salir juntos. Lo pasábamos



Al volante de un automóvil de la época.



El matrimonio Ochoa, padres del Nobel Severo Ochoa.